

Esto es lo mejor que hasta hoy há producido en esta ciudad el arte.

Acercarce y caer de hinojos la multitud toda era uno; y enmedio de aquel religioso silencio, sólo se escuchaban suspiros fervientes, plegarias tiernas, nacidas de corazones creyentes.

Pasaban unos momentos y sólo se escuchaba el retintín de los cristales de que estaban cuajadas las andas. (1)

La gravedad del Casto Esposo, la hermosura angelical y peregrina de la más pura de las Vírgenes, el precioso Niño y la admiración de los sencillos pastores, obra acabada de arte, todo esto como que atraía, como que obligaba á contemplar con verdadero espíritu el tiempo feliz de la venida del Mesías.

Tras del Misterio seguían los Reyes magos con su lujoso séquito de trajes típicos cuajados de metales montados en briosos corceles, marchando espada en mano al son de roncós clarines.

Seguía la recua simulando los presentes que los Reyes llevaban al Divino Niño, consistentes en barras de oro y plata, cajas y barricas de buenos vi-

su vez, mandó hacer á D. Diego Almaráz una Virgen, poniéndole también el mismo Almaráz, manos y piés al Niño, que estaba en estado de rorro.

Este Misterio existe aún en poder de las únicas religiosas clarisas exclastradas que existen en esta ciudad.

Antes de que existiera el Misterio de los Leandros, salía en el "Rosario" un Misterio propiedad del Licenciado Sotelo, obra de Laureano Montañéz.

(1) Muchos años fué costumbre que las andas se adornaban y preparaban en la casa del Sr. D. Francisco de P. Mesa, hasta hace pocos años que las nuevas andas no cupieron en el zaguán de la citada casa, razón por la que ahora se hace tal operación en la calle, frente á la casa de los Leandros.

nos y otros muchos efectos; notándose la originalidad de los arrieros con sus típicos trajes, llevando consigo sus mujeres de ancho sombrero con quitasol blanco, montadas ya en burro ó ya acaballo.

Este último cuadro era muy original; pues los silvidos, gritos y algarabía de los arrieros, no menos que el verlos alzarse grandes guajes con agua é ir comiendo largas y tostadas gordas, ó fumando gruesos puros ó alzándose la botella, etc., etc, todo esto producía mucha hilaridad en los concurrentes.

A la hora de ésta ya estaban llamando en los templos la Misa de gallo, á la que los autores de nuestros días nos llevaban, y en ella nos hacían meditar sobre el augusto misterio que la Iglesia conmemora.

Tal era el "Rosario de Navidad" de nuestros tiempos y el famoso Misterio de los Leandros. Pero hoy el llamado "Paseo de carros alegóricos" no es más que uno de tantos negocios financieros que omito describir porque la juventud actual para quien escribo, está bien actuada de ello, y muy bien puede juzgar si he dicho mal al decir que no es ni sombra de lo que fué en todo sentido.

LXXXI.

El Palacio Municipal.

Todo el mundo bendice tu memoria
Porque le diste á mi patria gloria.

HISTÓRICO sobre manera el monumento que me ocupa, no debo olvidarlo en mis humildes es-

critos, tanto por ser mexicano, como y con más especialidad por ser queretano.

Un solar estéril circundado de piedras brutas, heredad de una india, fué la cuna del edificio, llamado á ser con el transcurso del tiempo, el sagrado recinto en donde se alimentara una idea grande, grandísima que sería la única y más gloriosa en los acontecimientos civiles del país; la independencia.

El notable jurisconsulto D. José Martín de la Rocha abogado de la real audiencia, y uno de los más desprendidos patriotas de su época viendo que después que el I. Ayuntamiento había comprado este solar, comenzaba á levantar en él las Casas Reales y Cárceles sin lograr su conclusión por falta de fondos, puso á su disposición su caudal para que se llevase á feliz término, lo cual verificóse en 1770, como se ve en la inscripción que se ha cuidado de conservar en memoria de aquel ilustre patriota (1), en el descanso de la escalera principal que conduce al segundo piso.

Mereció esta acción justas y calurosas demostraciones de adhesión y gratitud al citado abogado, de parte del rey D. Carlos III y del Exmo. Sr. virrey Marqués de Croix, no ménos que de los altos funcionarios y ediles de esta ciudad. (2)

(1) El nombre de este benefactor debe agregarse á los que están en el pedestal del monumento de Colón, en la calzada de este nombre.

(2) En el largo periodo de gobernar el Sr. Ingeniero D. Francisco González de Cosío, se ha ampliado notablemente en el lado Norte.

Su fachada, á escepción de ligeras modificaciones, se conserva tal como la hiciera D. Martín de la Rocha.

Los acontecimientos de que ha sido teatro el palacio de los corregidores han sido tantos, que ni el género de estos escritos lo permite, ni mi pluma sería suficiente á narrar.

Su nota histórica más culminante, es á no dudarlo, aquella en que aparece la ilustre queretana D^a. Josefa Ortiz, transmitiendo al alcaide Pérez la chispa de su patriótico cerebro, por entre los intersticios de la chapa, para ir en vertiginosa carrera á depositarla en manos del Caudillo.

Cuéntase que D. Manuel Gómez Pedroza, que ocupó la silla presidencial, nació en esta casa, mas de una manera inesperada.

Es el caso que siendo invitada la señora su madre á un gran baile que se daba á cierto elevado funcionario en esta casa del corregidor; al bajar la escalera principal en el primer descanso, se vió atacada del último período y dió á luz allí mismo al citado D. Manuel, siendo transportada con las atenciones del caso á las habitaciones de la Corregidora, en donde continuó su cama.

Recordaremos á la vista de este edificio el 2 de Noviembre de 1852 en que el valiente Mejía penetró triunfante á caballo, subió la escalera y tomando por los corredores altos, entró al salón principal asomando al balcón de honor, siempre en su arrogante corcel, lo que visto por la muchedumbre que lo adoraba, lo vitoreó hasta el delirio, cuyas aclamaciones fueron contestadas por el valiente queretano que quitándose el sombrero saludó agradecido al pueblo y llamando rienda al corcel, volvió á salir á los corredores siempre en medio del clamoreo de la muchedumbre.

En el salón de sesiones se ostentan los retratos de los benefactores ilustres queretanos, más desprendidos.

Aquí se vé al caritativo por exelencia, Br. D. Juan Caballero y Osio y pláceme sobremanera consignar que todos los queretanos, sean cuales fueren sus ideas ó partidos, le han hecho justicia y conservado su memoria.

Aquí está la madre del desvalido, D^a. Josefa Vergara, verdadera heroína á quien después de casi un siglo, bendicen los necesitados alimentados por su desprendimiento.

Aquí, el amparo del que débil infringió las leyes y fué sumido en las masmorras; el ejemplar de abnegación con su propio individuo, D. Fausto Merino.

Aquí, el que de extraño suelo fué traído por la mano providente para hacer del Querétaro eriazó un jardín de perfumadas flores; el nuevo Moisés que con la vara de la abnegación hizo brotar el líquido precioso de lejano suelo, y lo condujo con sus propias manos hasta las secas fauces del sediento pueblo; el benefactor muy insigne Marqués de la Villa del villar del Aguila, á quien Querétaro debe el principal elemento.

El turista que al llegar al suelo patrio recuerde este histórico monumento, no olvidará sin duda los nombres y hechos heroicos de estos campeones de la caridad.

El Palacio de los Corregidores ha sido posteriormente ampliado y restablecido en su parte exterior, mas su forma y obra primitivas, se conserva aún, tal y como la hizo el abogado desprendido D. Martín José de la Rocha.

¡Llor eterno á los que no se apegan á los efímeros alagos del miserable metal!

LXXX.

El Convento de Agustinos. (1)

Es conjunto de hermosura
Y no tuvo rival su arquitectura.

LA historia no conserva desgraciadamente la biografía del fundador y patrono de este suntuoso convento, y sólo nos refiere que lo fué el insigne capitán D. Julián Díaz de la Peña. Sin temor de equivocarme y en opinión de los peritos en el arte, en ningún otro se ve la elegancia de construcción, el estilo caprichoso y decorado que en este.

Apénas se encontrará visitante que á su paso por esta ciudad no se detenga á contemplar su hermosura.

Lástima que su torre no se haya concluido; tal vez la muerte sorprendió al fundador sin ver concluída su obra. Al ménos así se debe inferir del retrato que conserva el convento, el cual toca ya á la decrepitud; pero si fué otro el motivo, debo consignar que no lo he podido investigar hasta ahora.

(1) Los escritores Zelaá en su obra "Glorias de Querétaro" y Alfaro y Piña en su "Iglesias y conventos de México" sufren una equivocación muy notable diciendo que este convento era de religiosas agustinas; pues no fué sino de religiosos de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacan.

Desde 1621 debió haberse hecho y fundado este convento, pero se opuso á ella la Provincia de México alegando que le pertenecía dicha fundación; pero por no haberla hecho antes, le fué concedido hacerla á la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán.

El 4 de Mayo de 1731 se puso la primera piedra bajo la dirección del M. R. P. Luis Martínez Lucio, provincial que fué de su orden y primer prior de este convento, á cuya muerte siguió la obra Fr. Carlos Benito de Butrón Mújica, quien tampoco la terminó por igual causa, siguiendo con la obra el R. P. Visitador Fr. Felipe Urbiola hasta dedicar el hermoso templo el 31 de Octubre de 1745.

Está construido en las casas que fueron de D. Juan Fernández de los Ríos, de cuyo terreno hizo donación el Rey Felipe V á la Provincia, por cédula de 16 de Enero de 1728.

En la época aciaga de la Reforma, concluyó esta comunidad y el memorable sitio vino á terminar con todo. Primero como queda dicho, fué disuelta la comunidad, en virtud de las tantas veces citadas leyes. Y como éstas prohibieron tener bienes raíces, entraron los adjudicatarios encubiertos con la ley y denunciaron dichos bienes. El templo no se lo pudieron llevar, pero sí tirar todos los colaterales y fundir los ricos metales de que estaban revestidos; y otros, los más sacrílegos, profanaron el sagrario y las imágenes para enriquecerse y tirar en la orgía lo que nada les había costado.

Llegó el sitio y convirtió en cuartel tanto el convento como el templo, quedando á la conclusión,

hecho un inmundo galerón convertido en caballeriza.

Poco después de terminadas las revueltas del país, se le dió una simple aseada al templo, (debido á la escasez de fondos) y volvió á celebrarse el incremento sacrificio.

Sus famosos esquilonos son los mejores de la ciudad.

El Ministro de Gobernación D. Manuel Dublán, convirtió el convento en Palacio Federal instalando allí el 15 de Mayo de 1889 todas las oficinas de la Federación.

El templo ha estado algunas épocas á cargo de clérigos por falta de padres de la orden.

En la época que lo tuvo á su cargo el Sr. Pbro. Lic. D. José M. Arias, hizo el altar del Señor de la Portada situado en el crucero, de cantera con perfiles dorados.

Actualmente el infatigable Fr. Miguel Zavala, está haciendo el altar mayor de igual material así como los del cuerpo de la iglesia, á expensas de la caridad pública.

Causa mucha tristeza ver que mientras los que se apropiaron los bienes de este convento duermen en mullidos lechos, dilapidando los caudales que nada les costaron, los legítimos dueños anden mendigando, por decirlo así, el miserable céntimo, para poner el templo no ya á la altura que estaba, sino siquiera con decencia. (1)

(1) Concluidas las reparaciones y terminados los altares, no cabe duda que su interior corresponderá con su exterior.

LXXXI.

Un Combate en los aires.

En la aurora de la vida
 El niño desea y procura
 Llegar á la edad madura.
 Y tocando en el ocaso
 Quisiera el hombre otra vez
 Encontrarse en la niñez.

EL tiempo pasa, las épocas se suceden y las etapas de la vida no tienen similitud entre sí debido tal vez á esa metamórfosis á que está sujeto todo en el círculo de lo creado.

Tal es el orden natural de las cosas, que lo que hoy es, desaparece mañana, y lo que ayer se acogió con entusiasmo, hoy se repudia con desdén. Y sin embargo de esa continua evolución, hay una etapa de nuestra vida, que cuando ha pasado, (quizá la más fugáz) la generalidad del género humano la recuerda con emoción, deseando con ahínco volver á ella. Esta es la niñez.

Allá, cuando el furor taurino (señal cierta de retroceso) no había invadido nuestra sociedad como ahora, las tardes de los domingos se pasaban en las afueras de nuestro suelo natal, en una diversión muy sencilla é inocente, consistente en despedir cometas ó papelotes (1) de distintas figuras, al viento.

(1) Papalote debe decirse, porque viene de la palabra *Papa-lote* que significa Mariposa, pero el uso la ha corrompido en "Papelote."

Y no se diga que esto era bobera de muchachos, no señor; bastantes personas acomodadas y de la mejor sociedad ocurrían á tomar parte en ella.

Entonces, muy niño yo, era llevado en unión de mis hermanos por el señor mi padre á gozar de ese soláz, que lleno á la vez de atracción y entusiasmo, era por demás inocente é higiénico.

Varias veces presencié los que llamaban combates, y como todo lo del "tiempo ancho" y lo que olía á oscurantismo (?) ha ido huyendo al vivo resplandor (?) de nuestro siglo de las luces, porque á aquellas inocentadas y boberas—como hoy se les dice—han sucedido las corridas famosas, el baile, etc., etc., diversiones todas propias de los avances (?) de la época, no quiero dejar olvidado este modo de solazár el tiempo, propio y adecuado al carácter de los que nos precedieron.

Se hacía con anticipación en un barrio de la ciudad una junta, con objeto de desafiar á otro barrio á tener una campaña en los aires. Se nombraba una comisión y pasaba á ver los principales vecinos del barrio que se pensaba invitar á la lid. Convenidos todos los puntos necesarios para ello, los cuales consistían en el número de combatientes, tamaño de navajas, y precisar en caso de igualdad sobre quien recayese el triunfo, etc., etc., se citaba día y punto de reunión.

Llegado el término, salían ambos ejércitos, por decirlo así, con su música á la cabeza.

Hasta ochenta papelotes llegué yo á contar en uno de ellos. Después de pasearlos en triunfo por las calles, salían al campo donde debía travarse el combate. Unas veces era en el vallecillo del Ce-

rro de las Campanas y otras en el llano de Casablanca ó la Alameda.

Todos los papelotes eran de metro arriba, muy bien adornados y pintados con esmero. En ellos se veían todas las figuras de la baraja, el Sol, la Luna, el Diablo, la Muerte, el mascarón con sus ojos parpadeantes, y muchos otros figurines que no recuerdo; marchando al último entre el entusiasmo de la multitud, un gran papelote de la América en triunfo, representada en una india con todas las figuras simbólicas que es costumbre pintarle en redor.

Había papelote que llevaba hasta siete zumbas de pergamino que formando la entonación propia de un tono, hacía muy buen efecto con el viento.

Reunidos al pie del histórico cerro ambos contendientes, se daba principio á elevarlos, hecho lo cual comenzaba la lid. Entre los papelotes se veían algunos de distintas figuras como cocoles, estrellas, papelotes coates, palomas y otras, que servían solo de ornato, pues no tomaban parte en el combate. Podríamos decir que eran las vivanderas del ejército.

Los muchachos (apéndice que nunca ha faltado en toda bullanga) corrían en todas direcciones con objeto de hacer añicos al papelote que en vertiginosa caída, formando espirales con la cola, se daba por vencido y casi con estrépito, mientras el vencedor una vez caída su víctima, volvía á elevarse garboso, preludiando su triunfo con sus fuertes zumbidos y repetidos golpes de cuerda, dados por la mano diestra que le guiaba.

Recuerdo bien que allí aprendí á conocer por el

papelote, el carácter de quien lo guiaba. Entre aquella nube de papelotes veíase uno que rodeado de fleco del mismo papel y de un puñado de roncacas zumbas, lucía en vez de alguna figura, una inscripción en letras descomunales que decía: "El Busca ruidos."

Efectivamente, hacía un ruido atróz y no tenía lugar fijo, no ocupándose sino de hacer destrozo de cuerdas por donde pasaba con su afilada navaja; y en cada triunfo que obtenía hacía grande alarde, enmedio de los atronadores aplausos y dianas de la música. Este papelote pertenecía á un muchacho vivo y pendenciero, muy poseído de sí mismo; más no así un "Dos de bastos" que pacífico y callado permanecía en las alturas sin buscar á nadie, y el cual era de un pacífico artesano, de carácter dulce y amistoso, sin pretensiones ningunas.

Ya á la puesta del sol se había despejado por completo el espacio, habiendo desaparecido los más en la lid, quedando apenas uno que otro de ambos campamentos, que luchaban con denuedo por obtener el triunfo, lo cual venía á discernir la suerte ya casi entrada la noche.

Terminado el combate, los papelotes que habían sobrevivido eran llevados en triunfo por las calles, entre la turba, acompañados de la música.

Tales eran las sencillas diversiones de la generación que está casi por extinguirse. Diversiones que hoy se tienen por ridículas, tan sólo porque en ellas no tomaban parte la mujer, el dios estómago y el baile, como en las de nuestra desgraciada época.